

**La diplomacia española en la crisis
italiana de 1859**

Mayo de 1959

LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA EN LA CRISIS ITALIANA DE 1859

La atención prestada por España a los sucesos acaecidos en Italia en los primeros y decisivos meses de 1859 es mucho más importante de lo que dejan entrever los estudios que hasta hoy han sido publicados. Hemos hallado confirmación de esta tesis en las investigaciones que hemos realizado en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores e Histórico Nacional, de Madrid. En ellos hemos consultado los informes de los embajadores españoles acreditados ante Francia, Austria, Cerdeña y Parma.

Desde el 20 de julio de 1858 gobernaba España el general Leopoldo O'Donnell (con Saturnino Calderón en el ministerio de Estado). O'Donnell presidía una nueva formación política, la Unión Nacional, especie de tercera fuerza que se situaba entre los conservadores (o moderados) y los progresistas (o liberales de izquierda). Era una tentativa para encauzar el reinado de Isabel II por una senda que le librara de la reacción y de la revolución, sobre todo después del fracaso del movimiento progresista de 1854-1856. La Unión Liberal admitió en sus filas a elementos moderados y progresistas, en un esfuerzo para buscar un gobierno templado que realizara las reformas mínimas necesarias para el desarrollo del país, en trance de iniciar su equipamiento industrial. En tales condiciones no debe sorprender que abundaran las contradicciones internas en el gobierno de la Unión Liberal, donde se codeaban latifundistas andaluces y fabricantes catalanes, intelectuales católicos y hombres de negocios más o menos escépticos. Esta contradicción aumentaba si aproximamos el gobierno O'Donnell a la corte de Isabel II, dominada por un equipo donde predominaba el fanatismo religioso. Por esta causa el problema italiano era una piedra de toque capital en la política española de la época, pues planteaba el hecho de la subsis-

sistencia de los Estados Temporales de la Santa Sede. Mientras la Corte y el partido moderado querían evitar a toda costa cualquier modificación en el statu que en Italia, el partido progresista y gran parte de la juventud proclamaban desde la prensa y el Parlamento la necesidad de apoyar el movimiento de unidad nacional italiano.

El gobierno O'Donnell se halló enfrentado con la crisis italiana de 1859 y tuvo que hacer frente a la misma con la timidez que imponían sus contradicciones espirituales y materiales. Estuvo siempre bien informado de la situación internacional, gracias a los despachos de Alejandro Mon, embajador en París, Diego Coello Quesada, embajador en Turín, y Luis López de la Torre Ayllón, embajador en Viena. Los informes de este último son especialmente preciosos, puesto que gozaba en la corte de Francisco José I de una influencia muy superior a la que dimanaba del gobierno que representaba.

Gracias a tales informes el gobierno español se enteró inmediatamente de las repercusiones que en Viena y Turín habían provocado las palabras dirigidas por Napoleón III al embajador austriaco durante la recepción de Año Nuevo en las Tullerías. La noticia había caído como una bomba, especialmente porque se consideraba al emperador como la encarnación del orden en Europa. Sólo al príncipe de Metternich, ya en sus últimos días, insistía en la posibilidad de que se convirtiera en un Emperador revolucionario. De hecho, después del discurso del trono de Víctor Manuel II ante la Cámara Subalpina, llegaron al gobierno español insistentes rumores sobre la posibilidad de la existencia de "graves compromisos secretos" entre Francia y Piamonte, y asimismo alarmantes noticias sobre preparativos militares. Cabe decir que el tono más elevado se registraba en Viena y Turín, Allí a causa del partido militar, muy influyente cerca de Francisco José I, y en la capital piamontesa por el movimiento popular que ascendía de las profundidades de Italia, y que hermanaba a los hijos de la burguesía de Milán con los proletarios de las regiones más desheredadas del país.

A consecuencia de esta situación, el gobierno de O'Donnell envió unas instrucciones a sus embajadores (20 de enero de 1859) para que manifestaran a las autoridades competentes la voluntad de España de permanecer neutral ante la posibilidad de una guerra, excepto en el caso de que se quebrantaran las bases fundamentales del equilibrio europeo establecidas por los tratados de Viena de 1815 y lo reclamaran los intereses del país. Este texto de doble filo -que procuraba satisfacer a todo el mundo- es muy revelador de las contradicciones internas del gobierno de la Unión Liberal. No fue fácil su defensa ante las Cortes de Viena y París. Sobre todo el conde de Buol aprovechó el momento para mostrar la debilidad de la actitud oportunista de Madrid.

Es muy posible que en el ánimo del gobierno de O'Donnell influyeran otras dos perspectivas para proclamar su neutralidad: la realidad del país, empobrecido por cuarenta años de luchas intestinas, y la necesidad de atender a la defensa de Cuba, sobre cuya isla los Estados Unidos acechaban codiciosos. Pero a pesar de ello, el embajador español en Turín hizo notar a Madrid que su declaración de su declaración de neutralidad no cubría todos los aspectos de la cuestión. ¿Qué sucedería, en efecto, si la revolución italiana amenazaba el ducado de Parma, tan vinculado a los Borbones españoles? La respuesta del gobierno O'Donnell fue precisa. El 23 de febrero comunicaba a Coello y a los demás embajadores interesados que, aun en este caso, España mantendría la más estricta neutralidad.

Este juego favorecía, desde luego, a Francia, presumible aliada de Piamonte en una guerra contra Austria, pues la neutralidad española garantizaba la tranquilidad en la frontera de los Pirineos. Por esta causa, y ante los insistentes informes sobre la exasperación del clima bélico en Viena y Turín, O'Donnell tuvo que hacer una declaración oficial ante el Congreso de Diputados (11 de marzo, nota oficial ampliato-

ria del 13) afirmando que para el gobierno español la cuestión de Italia era la cuestión de la Santa Sede, y que si ésta pedía tropas de socorro, habría que mandárselas. Con ello se aquietaban las exigencias de la Corte de Isabel II y del partido moderado. Pero la posición diplomática de España no había mejorado en un ápice.

Al contraria, cuando a consecuencia de las gestiones de lord Cowley se intentó reunir un Congreso para soslayar las dificultades italianas, España había de ver cerradas las puertas a toda intervención en el mismo. Había caído en un completo aislamiento internacional. Tales eran las amargas reflexiones que se hacía Alejandro Mon, en París, en 18 de abril, pocos días antes de que estallara el conflicto.

Que éste fue provocado por la intemperancia del partido militarista austríaco trasciende claramente de los informes de Ayllón, siempre tan afecto a la causa del orden y de Austria que no puede ser tachado de parcial. En sus despachos se nota la presión belicista del Ejército y del emperador. Desde el 6 de abril comunica a Madrid sus impresiones sobre la voluntad de Francisco José I de ir a la guerra por "el punto de honra" de Austria. Y el 10 de mayo, con los hechos ya consumados, afirma que el único responsable de la intimidación del 23 de abril era el propio emperador.

La guerra no hizo variar el criterio del gobierno O'Donnell. Podemos imaginarnos que estaba de corazón con Italia: por lo menos, dejó que la propaganda italiana cubriera España y que unos jóvenes entusiastas pasaran al Piamonte para empuñar las armas al lado de Garibaldi. Pero oficialmente era neutral (aunque el Estado Mayor austríaco se negó a admitir oficiales españoles como observadores). Y así lo confirmó en sus circulares de 18, 20 y 25 de junio, relativas a la neutralidad de España en la guerra, a la protesta respecto al mantenimiento de los derechos de los Borbones en Parma y a la actitud inquebrantable de defender la libertad del Papa y de la Santa Sede.

Pero pese a la neutralidad del gobierno. España había recibido un impacto moral considerable. De la polémica sobre la guerra de Italia surgiría la generación que había de hacer frente al trono de Isabel II y llevar a la corte de Madrid a un Sabaya.